

# SOBRE EL OSTRACISMO

CON la exclusión, el rechazo y la ignorancia social de aquellos seres humanos a los que atribuimos algún tipo de notoriedad y de los que esperamos un cierto peligro para nuestros intereses, se construye en la vida pública, y en menor medida en la vida privada, esa cosa tan compleja que solemos llamar ostracismo. En la vieja Atenas cuando alguien se convencía de que un conciudadano podía dañar a la comunidad –y no quería por supuesto, que le dañase a él– solo tenía que ir al Agora y escribir el nombre de su enemigo en una piedra de cerámica –el óstrakon– dispuesta al efecto en dicho lugar. Si el nombre escrito en el óstrakon alcanzaba las seis mil anotaciones el protagonista de semejante rechazo no tenía más remedio que despedirse de familiares y amigos, y salir exiliado de Atenas.

El ostracismo, ese rechazo, exclusión e ignorancia social a las que antes hice referencia, ha alcanzado en nuestros días un desarrollo y una expansión extraordinarias. El modo de ejercerlo y de ejecutarlo es sin embargo, a diferencia del modelo ateniense, mucho más refinado. En este momento para enviar a alguno de nuestros semejantes al exilio literario, artístico, científico o político no es necesario asumir ningún tipo de riesgo, no es necesario atreverse a escribir públicamente su nombre y,

por supuesto, no es necesario sumar miles de firmas. En nuestros días todo es mucho más sencillo: basta simplemente callarse, guardar silencio, no hablar de la obra ni del sujeto cuyo rechazo se intenta procurar. Su obra literaria o artística no puede ser citada en ningún momento, la contribución que haya podido prestar a la ciencia o a la política ha de ser totalmente silenciada. Y aunque las obras y los hechos sean tan contundentes que, una y otra vez, emerjan desde el fondo del mar no hay que mostrar ninguna debilidad: hay que seguir y seguir con la boca cerrada. No se trata, por supuesto de una censura porque nadie prohíbe hablar o escribir sobre el sujeto en cuestión objeto de nuestro ostracismo. Se trata de una postura de defensa ante el que puede ser un futuro adversario y se trata, sobre todo, de un acuerdo tácito de silencio que individual o colectivamente deciden poner en práctica compadres de una misma cofradía. En el mundo de la ciencia el ostracismo ha alcanzado formas mucho más sofisticadas. No consiste simplemente en la práctica del silencio. Consiste, por el contrario, en desarrollar, lo que Price ha denominado, un colegio Invisible. Con dicho nombre Price describe grupos de presión, o mejor de *autodefensa*, formados por investigadores y científicos que sin vivir o trabajar en un mismo sitio, sin estar expli-

cita o directamente cohesionados –invisibles– contribuyen de forma poderosa a cambiar la ciencia y a establecer en ella nuevos criterios y nuevos paradigmas. Se citan entre ellos en sus artículos, se *protegen*, se invitan unos a otros a dar conferencias y es obvia su común sintonía con una determinada óptica científica o con una determinada concepción del mundo. El ostracismo practicado en este caso intenta elevar artificialmente lo propio para reducir y minusvalorar lo ajeno.

¿Existe algún tipo de vacuna que nos evite practicar el ostracismo con nuestros semejantes más valiosos? Sin duda la hay y consiste, simplemente, en practicar la generosidad. Consiste, simplemente, en estimar lo valioso y proclamarlo; consiste, simplemente, en hablar o escribir de los demás aunque sea para bien y consiste por último, simplemente, en estimular todo aquello que de positivo podamos encontrar en la obra y en el quehacer ajeno. La vacuna de la generosidad, como la de la gripe, tiene sin embargo un grave problema y es que existen tantas cepas de talento y de creatividad a nuestro alrededor que para prevenir la práctica del ostracismo no nos queda más remedio que tener que vacunarnos cada año.

---

ANTONIO CAMPOS